

¡Mi resolución está tomada! Aún cuando la que yo busco se oculte en el fondo del reino de Cathay ó de Samarcanda la sabré descubrir y te haré saber el éxito de mi empresa.

Espero que triunfaré. Ruega por mí, amigo mío. Voy á vestirme muy elegante y saldré de mi casa decidido á no entrar sino con una querida según mis ideas.

He soñado demasiado, voy á realizar el sueño.

P. D. Dime alguna cosa del pequeño D\*\*\*. ¿Qué ha sido de él? Aquí nadie sabe nada. Saluda á tu digno hermano y á toda la familia.



II

Amigo mío, por fin he entrado en la casa sin que haya tenido necesidad de ir á Cathay á Cachemira ó á Samarcanda, pero debo añadirte también que continúo lo mismo que antes.

Había hecho el juramento de que iría hasta al fin del mundo y he llegado únicamente al extremo de la ciudad.

Yo no sé como me las compongo pero el caso es que no puedo cumplir jamás ninguna palabra, ni á

mí mismo. Si yo digo iré mañana á tal parte es seguro que no me muevo de casa; si me propongo el ir al café, me voy á la iglesia, si quiero ir á la iglesia, yo no sé como me las compongo que me encuentro en un sitio totalmente distinto; ayuno cuando me propongo comer bien y creo que por lo mismo que me he empeñado en que he de tener una querida, es por lo que no la encuentro.

Figúrate que yo salí de casa muy elegante, rizado el cabello, encerado el bigote y con un aire de conquistador que no había más que ver.

Crucé multitud de calles mirando á todas las mujeres cuando me parecía que valían la pena de ser examinadas.

Unas afectaban un aire virtuoso y pasaban por mi lado sin alzar la vista del suelo. Otras se sorprendían al principio y se sonreían si tenían buena dentadura.

Algunas volvían la cabeza al cabo de un rato creyendo que no las miraba y al observar que yo las miraba también enrojecían como las cerezas.

Debo confesar que á pesar de todo el respeto que yo profeso á esa interesante mitad del género humano, lo que se ha convenido llamar bello sexo es verdaderamente poco bello.

Por cada cien mujeres apenas hay una pasable.

Una tiene bigote, otra la nariz remangada, otras manchas rojas en lugar de cejas, esta si tenía buena figura tenía el rostro picado de viruelas, la ca-

béza de una segunda era encantadora pero podía sostener animada conversación la cabeza con el hombro, la tercera encantaba por la redondez y el desarrollo de ciertas formas, pero patinaba sobre sus pies semejantes á unos estribos turcos.

No he visto nada bueno exceptuando algunas grisetas pero con estas hay más percal que aplastar que seda, y ese no es mi negocio.

Tengo miedo amigo mío de no poder abrazar nunca mi ideal, y sin embargo no tiene nada de extraño ni lo que yo deseo está fuera de razón.

Cuando pienso en la felicidad de que tu disfrutas amando y siendo amado sin que hayas tenido que ir á buscar tu felicidad, puesta que esta ha sido la que salió á tu encuentro, no es que te tenga envidia, pero no me produce tanta alegría como yo quisiera y me digo muchas veces que yo también debía disfrutar de una felicidad semejante.

Tal vez mi dicha habrá pasado cerca de mí, sin que en medio de mi ceguedad la haya visto. Tal vez la voz que pretendo escuchar habrá hablado, pero el confuso rumor de las tempestades de mi alma habrá evitado que yo la escuche.

¡Quién sabe si yo habré sido amado locamente por un corazón humilde que habré desconocido ó que habré destrozado!

Yo he cometido una gran falta. He pedido al amor otra cosa que el amor mismo, y que él no podía darme.

He olvidado que el amor lo pintan desnudo y no he comprendido el verdadero sentido de ese magnífico símbolo.

Le he pedido trajes de terciopelo, plumas, diamantes, talento poderoso, ciencia, poesía, belleza, juventud, el poder supremo, todo eso que no es el amor. Este no puede ofrecer más que él mismo, y el que quiera pedirle otra cosa no es digno de ser amado.

El mundo es para mí un desierto de Sahara sin oasis y sin palmeras; no he encontrado en mi vida un solo espacio de sombra para resguardarme del sol; sufro todos los ardores de la pasión sin disfrutar de su extasis inefable; conozco los tormentos, pero no los placeres.

Estoy celoso de lo que no existe, me inquieto por la sombra de una sombra, exhalo suspiros que no tienen objeto, sufro insomnios que no sirven para embellecer un fantasma adorado, vierto lágrimas que caen al suelo sin ser emjugadas, doy al viento besos que no me son devueltos, mis ojos pretenden descubrir en lontananza una forma incierta y engañadora, espero lo que no debe venir, y cuento las horas con ansiedad, como si yo tuviera una cita.

Amigo mío y compañero de infancia, tú eres el único á quien yo puedo contar semejantes cosas. Escíbeme que me compadece, que no me consideras hipocondriaco, jamás he tenido tanta necesidad que me consuelen, como ahora.

Después de haber cruzado una y otra calle, me decidí por ir á buscar á uno de mis amigos que debía presentarme en una casa, donde según me dijo se reunía un mundo de mujeres bonitas, una colec-

ción de idealidades reales para poder satisfacer á una docena de poetas.

Allí había para todos los gustos, bellezas aristocráticas con miradas de águila, hojas de color verde mar, narices rectas, altivas frentes, manos reales, y aspecto de diosas, lechos de plata apoyados sobre pedestales de oro.

También había sencillas violetas de pálidos colores y dulce perfume, húmeda la pupila é inclinada la vista hácia el suelo, cuello delgado y cutis diáfano.

Igualmente también se encontraban allí esas hermosuras vivas y picantes, bellezas preciosas, mujeres de todas clases, porque la casa de aquella dama era un verdadero serrallo pero sin los eunucos.

Mi amigo me dijo que él había sentido allí cinco ó seis pasiones, lo cual me pareció sumamente prodigioso, no creyendo yo que mi visita á aquella casa pudiera proporcionarme un éxito tan lisonjero.

Mi amigo decía que según él no tengo más que un defecto del me corregirá la edad y el trato de mundo, y este defecto es el hacer mucho caso de la mujer y ninguno de las mujeres.

Puede muy bien que tenga razón.

Al subir la escalera de la casa donde me conducía mi amigo, el corazón me latía con violencia y muy emocionado todavía, sentí que aquel me empujaba por el brazo, me encontré frente á frente con una mujer de unos treinta años sumamente be-

lla, vestida con un lujo exajerado y con la pretensión de una sencillez puramente infantil.

Era la dueña de la casa.

Mi amigo C\*\* adoptando un timbre de voz burión y con grandes demostraciones de irónico respeto, pero en las cuales se advertía el mayor desprecio, la dijo al presentarme.

—Este es el joven de quien os hablé el otro día, persona de gran mérito y como me parece que ha de ser muy agradable recibirle, me he tomado la libertad de presentarle.

—Seguramente caballero habéis hecho muy bien,—repuso la dama.

Después se volvió hácia mí, me detalló perfectamente con una mirada de mujer inteligente de un modo que me hizo enrojecer hasta las orejas, á la par que decía:

—Podéis consideraros como invitado de una vez para todas, pudiendo venir á esta casa siempre que tengais una noche que perder.

Me incliné con alguna torpeza, balbucée algunas frases que no debieron darle una alta idea de mi talento, y otras personas que entraron en el salón la distrajeron, librándome así de las molestias consiguientes á una presentación.

Mi amigo me cogió del brazo y me llevó al hueco de un balcón donde nos pusimos á hablar.

—Pero chico;—me dijo,—vas á comprometerme. Te he anunciado como un fénix de ingenio, un hombre de imaginación, un poeta lírico, todo lo que hay de más grande y de más apasionado, y sin em-

bargo permaneces callado y como aturdido. Vaya una pobreza de imaginación. Creía tu vena algo más fecunda. Vamos suelta la brida á tu lengua, habla á tuerto y á derecho, no hay necesidad de que digas frases sensatas y juiciosas, por el contrario esto podría resultar enojoso. Lo esencial es que hables, pero mucho y por mucho tiempo, atrae la atención hácia tí, deja á un lado el temor y la modestia, y piensa bien que todos cuantos aquí se encuentran son necios ó poco menos, y no olvides que un orador que quiere obtener verdadero éxito ha de empezar por despreciar bastante á su auditorio. ¿Qué te parece la dueña de la casa?

—Que me gusta muy poco, y aún cuando no he hablado con ella ni tres minutos me aburría tanto como si hubiese sido su marido.

—¡Es esa tu apreciación!

—Sí.

—¿Y tu repugnancia hácia ella es tan insuperable? Lo siento. Hubiera sido lo mejor para tí que te hubiera pertenecido siquiera un mes, esto es de muy buen efecto y cualquier joven que se estime en algo debe ser lanzado al mundo por ella.

—Pues bien;—repuse yo con aspecto resignado,—lo haré ya que es preciso. Pero lo juzgas realmente tan indispensable.

—Ya lo creo. Como que es lo que te conviene y voy á darte la razón. La señora de Themines, es la mujer ó la madre, en el día. Es rica y posee al dedillo todas esas ridiculeces que tanto dominan en nuestra sociedad. Sus trajes y sus trenes son de lo

mejor. Carece de talento pero lo disimula; tiene deseos vivísimos, pero carece de pasión.

Es un corazón frío y una cabeza libertina. En cuanto á su alma si es que la tiene, lo que dudo mucho, es de las más negras y no hay bajeza ni picardía de que no sea capaz, pero es sumamente astuta y sabe cubrir las apariencias de una manera que nada se la pueda probar. Es capaz de recibir en sus habitaciones á cualquier hombre, pero en cambio no le escribirá la carfa más insignificante. De aquí que aún sus peores enemigas, no pueden decir de ella sino si se pinta mejor ó peor, si muchas de las redondeces que ella ostenta son falsas en lo cual se equivocan de una manera lamentable.

—¿Y tu como lo sabes?

—Toma como se saben esas cosas. Asegurándome por mi mismo.

—De modo que tu estuviste enredado con la señora de Themines.

—Desde luego. No hacerlo hubiese sido una inconveniencia que ni podía ni quería cometer. Me ha prestado grandes servicios y yo soy muy agradecido.

—No puedo comprender que clase de servicios puedan ser esos,—repuse yo.

—Que tonto eres,—me contestó mi amigo.—Mujeres como la de que hablamos reúnen muchas ventajas. En primer lugar están muy bien relacionadas y saben utilizar estas relaciones en pro del hombre á quien protejen. Además hay otra cir-

cunstancia, el estar en relaciones aunque sea en apariencia con esa señora es un poderosísimo acicate para las demás mujeres. Todas procuraron arrebatarme á ella porque consideran como un gran triunfo robar un amante á una mujer tan á la moda como ella. Sin embargo no te obligaré á que le hagas el amor si espermentas alguna repugnancia. No estás obligado precisamente, aún cuando esto es lo que exijan la política y las conveniencias sociales, pero dedícate á observar las mujeres que hay aquí, elije y ataca de firme la plaza que más te agrade ó que más facilidades te ofrezca, porque de dilatarlo perderías el beneficio de la novedad y la ventaja que esta te proporciona sobre los demás caballeros reunidos aquí. Todas estas señoras no conciben esas pasiones que nacen en la intimidad y se desarrollan lentamente entre el respeto y el silencio. Prefieren el efecto del rayo y las simpatías ocultas. Esto como tu comprenderás está maravillosamente imaginado para evitar los enojos de la resistencia y todas esas languideces y esos réditos que el sentimiento mezcla con la novela del amor, y que no hacen más que defirir inutilmente la conclusión. Esas señoras son muy avaras de su tiempo, y de tal modo les parece precioso, que se desesperarían dejando un solo minuto sin emplear. Tengo la seguridad de que en estos momentos, hay lo menos tres ó cuatro que están ya predispuestas en tu favor, y por lo mucho que te aprecio te aconsejaría que te dirigieses á ellas en lugar de entretenerte hablando conmigo en el hueco de este balcón.

—Pero querido C\*\*\*,—respondí,—demasiado sabes que yo soy novicio en empresas de esta especie. Carezco del mundo suficiente para distinguir una de esas mujeres que dices, de otras que no se encuentran en su mismo caso, por lo tanto necesito que me ayude tu experiencia para no cometer algún disparate.

Mi amigo me mostró algunas de aquellas mujeres de las cuales me hizo la apología y finalmente en virtud de sus indicaciones hablé con dos de ellas, que si te he de decir la verdad, las dos me agradaron, pues aún siendo una misma la corrupción de las dos, diferían totalmente en sus formas exteriores.

La una era de esas mujeres con las cuales no podían usarse ni movimientos libres ni conversaciones ruidosas ni palabras intencionadas que pudieran escucharlas las personas que estuvieran á su alrededor.

Su aspecto era verdaderamente angelical, y sin embargo según mi amigo había tenido más amantes que ninguna otra mujer.

Era necesario hablarla en voz baja, sin mirarla, y de este modo se le podía decir cuanto se quisiera sin que se ofendiese.

Es una mujer preciosa, eso sí, no se le puede negar, pero es al mismo tiempo sensual y muy susceptible.

En cambio otra mujer llamó mi atención, que era el tipo contrario de la que te acabo de describir.

También es guapa, muy guapa. Posee esa belleza

naciente y provocativa y no alardea ni de fingida modestia ni tampoco de un libertinaje desenfadado.

Burlona, atrevida, profundamente conocedora del mundo en que vive, su conversación es realmente agradable.

Hemos estado riéndonos mientras hemos estado hablando, nos hemos burlado de todas las mujeres que allí había. Es decir, ella es la que se ha burlado, porque como tú comprenderás, un hombre no se burla nunca con tanta gracia como lo hace una mujer.

Es encantadora y con muy buen talento, pero á su lado, por más que esto te parezca extraño, no se piensa sino en lo vulgar; hablándola te aseguro que experimentaba una multitud de deseos y de impresiones irrealizables en el sitio donde me encontraba.

Toda la parte animal, todo lo asqueroso era lo que se despertaba en mí hablando con aquella mujer.

Según todas las apariencias una de las dos había de ser para mí ó quizás ambas, pero la verdad es que su posesión no me satisfacía sino á medias. Y no es porque no sean lindas, pero hablándote con franqueza, á su lado no he sentido nada que me revelase que había encontrado la mujer que buscaba.

Una ú otra será mi querida, pero en el fondo de mi corazón hay una voz secreta que parece repro-

charme que haga traición al tipo ideal con que durante tanto tiempo he soñado.

No puedes imaginarte todas las reflexiones que he hecho desde que salí de la reunión de la señora de Themines, tratando de no dejarme arrastrar por lo monstruoso y lo absurdo.

Sin embargo, no sé lo que hacer.

Adiós, amigo mío, voy á casa de la señora atrevida y alegre de quien te he hablado. Creo que no nos ocuparemos mucho de reflexiones respecto á los demás, y que haremos algo que positivamente no se relacione con el espiritualismo, por más que la criatura sea fuertemente espiritual.

Encierro cuidadosamente en el fondo de mi pecho el patrón de mi querida ideal para no confundirle con el de la real que pretendo tener.

Estas son resoluciones muy sabias como comprenderás, pero que no sé si podré sostenerlas.

Adiós todavía una vez. Hasta otra.



III

Ya soy el amante de Rosita, nombre puramente convencional que quiero darle para no pronunciar el verdadero, que como debes comprender no te he de decir.

Después de todo, este nombre tiene su razón de ser, porque con un traje de color de rosa, la ví la primera vez.

Además, tuve también una perrita que se llamaba así.

He dicho que ya soy el amante de Rosita y esto